

# CEDIÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

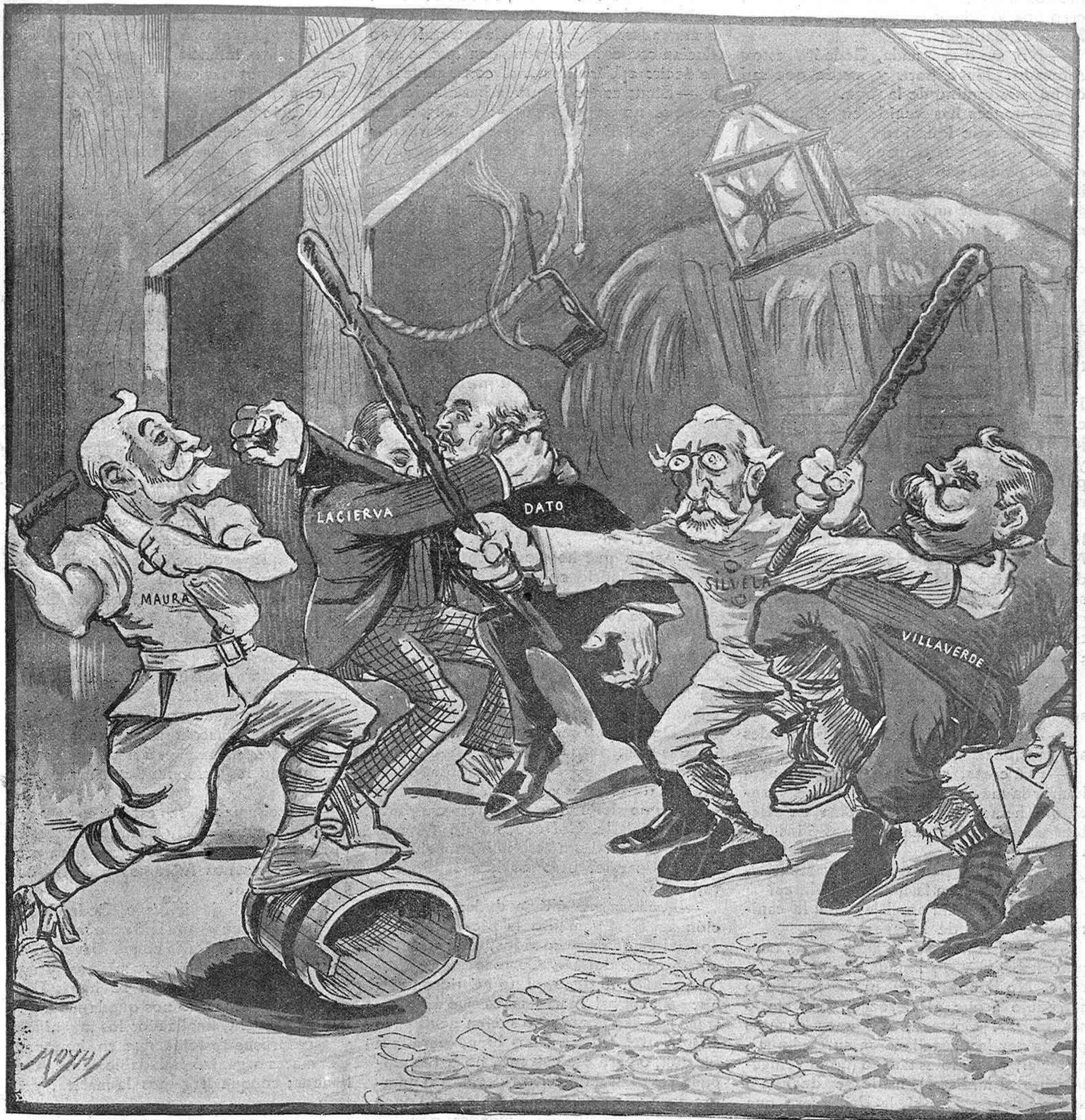
10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID. JUEVES 11 DE MAYO DE 1905

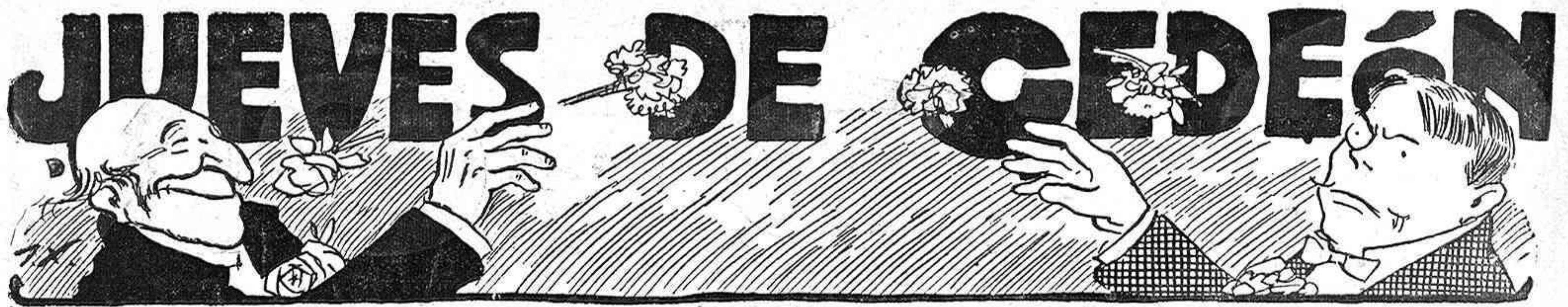
NUM. 494



## SITUACION QUIXOTESCA

«DÁBALE EL RAIMUNDO Á DATO, DATO Á LACIERVA, LACIERVA Á MAURA, MAURA Á SILVELA Y SILVELA Á RAIMUNDO, Y TODOS MENUDEABAN CON TANTA PRIESA, QUE NO SE DABAN PUNTO DE REPOSO.»

# JUEVES DE GEDEÓN



Dios mío, cuánto tarda Calínez! ¡Y hoy precisamente que tengo tantas cosas que decirle! ¡A que se nos marcha a París Villaverde sin que nosotros cambiemos impresiones? Afortunadamente, creo que han llamado. Justo, él es. ¡Pero, hombre, Calínez!...

—No me digas nada, Gedeón, estoy sofocado. Hace hora y media que salí de mi casa camino de la tuya.

—Entonces has venido en el automóvil eléctrico de Palacio.

—No, sino que tropecé con los orfeones catalanes, gallegos, castellanos, andaluces, ¡qué sé yo! Con todos los que han acudido a abrir un palmo de boca en honor de Cervantes.

—¿En honor de Cervantes? Me parece que te equivocas, Calínez.

—¿Por qué me equivoco, Gedeón? ¿No han sido las fiestas del Centenario en obsequio del incomparable autor del *Quijote*?

—¡Cal! Eso se creía, pero luego resultaron en honor del Dr. Cortezo.

—No digas disparates, amigo mío. Hemos solemnizado, aunque nos esté mal el decirlo, la aparición pública de la mejor novela que han escrito los hombres, y todas las festividades se han celebrado, por consiguiente, en honor del incomparable Miguel de Cervantes.

—El que dice disparates eres tú, Calínez. Hemos solemnizado la elevación al Ministerio de Instrucción Pública de uno de los amigos más feos de Villaverde, sustituto, en punto a estética, del malogrado Pepito Cárdenas, y todos los festejos se han efectuado, por consiguiente, en honor del Dr. Cortezo.

—Me maravillan tus palabras.

—Más me maravilla a mí que Cortezo sea ministro.

—Pero ¿en qué te fundas para tales aseveraciones?

—¿Tú crees, amigo Calínez, que para honrar la memoria del escritor más grande que hemos tenido se habían de celebrar unos festejos tan mínimos é insubstanciales?

—Me haces pensar, efectivamente...

—¿Estuviste en la batalla de flores?

—En la batalla no. Llegué a la capitulación detrás de Linares.

—Pues si hubieses llegado antes, tampoco habrías visto ninguna función guerrera. No hubo batalla ni flores. Todo se redujo a que el héroe de la fiesta, ó sea el Dr. Cortezo, dió unos cuantos paseos por la Castellana en su coche ministerial, y, como es tan feo (no el vehículo, sino el ministro), nadie se decidía a echarle flores. Eso sí, la Primavera que disfrutamos se convirtió, en obsequio del doctor, en primavera médica, y un viento huracanado y frío se encargó de repartir pulmonías entre los concurrentes a la fiesta. ¡Si los cura el ministro de

Instrucción Pública, cómo se va a extender su fama por el otro mundo!

—Vamos, un nuevo tercer Depósito.

—Los escasos supervivientes de la batalla que no fué batalla, se retiraron del campo del honor diciendo con voces acatarradas: «¡Vámonos a la retreta!» Y lo decían con el mismo tono con que se suele decir: «¡Vámonos... al consonante!»

—Bien; concedo que la batalla de flores que no se verificó, se celebrara en honor del Dr. Cortezo y no en honor de Cervantes, porque, efectivamente, éste nada podía ir ganando con las pulmonías de los combatientes que no combatieron; pero ¿y el festival nocturno de la Plaza de Toros, no fué en loor del Manco inmortal?

—¡Qué manco ni qué niño muerto! ¡Fué también para el médico eminente que nos hace la Instrucción pública! Fiesta de orfeones: ¿pues quién más orfeón que él?

—Sí, como orfeón lo es más que Picio.

—Y aparte de eso, ¿tú presumes, Calínez, que a nadie que no sea médico se le puede ocurrir llevar a las altas horas de la noche a dos mil ó tres mil personas al redondel de la Plaza de Toros y tenerles más de sesenta minutos con la boca abierta?

—También tienes razón. Médico había de ser.

—Así es que hoy oyes toser por las calles de Madrid en todos los dialectos españoles. Se tose en catalán, se tose en gallego, se tose en bable, se tose con ceceo andaluz, y todas esas toses regionalistas son para el Dr. Cortezo y no para Cervantes, porque a Cervantes nadie le ha tosido hasta hoy, y al Dr. Cortezo, cuanto más le tosan, más honorarios cobra. De modo y manera, Calínez, que no insistas más, porque la cosa está definitivamente juzgada. Hemos celebrado una especie de festejos en honra del médico insigne, no del escritor ilustre; en glorificación del Dr. Cortezo, no de Miguel de Cervantes. Para éste hubieran sido un fracaso; para el otro no han salido del todo mal.

—Perdona una última duda: y la función del Real y medio la pieza con trozos del *Quijote* estropeados, ¿fué también en obsequio del Dr. Cortezo?

—¿Quién lo duda, si no asistieron más que sus amigos! Harto sabes que a los estrenos de las obras sólo suelen acudir los amigos del autor. Pues bien, para esa función, ó para ese estreno, no había ninguna persona de mérito relevante ó nombre conocido que tuviera billete. Todas las localidades fueron ocupadas por los amigos de Cortezo. ¡Como que estoy pensando si habrá sido el doctor y no Cervantes quien escribió el *Quijote*!

—¡Caramba! ahí tienes un tema emo-

cionante y sugestivo para una sabia adquisición de las que están en auge. ¿Fué Cortezo el autor de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*? Buscas la partida de bautismo del doctor, procurando que salgan por lo menos dos en sitios distintos. Luego pintas a Cortezo recogiendo en su tierna infancia los papeles que encontraba por las calles para adquirir la cultura indispensable a un ministro de Instrucción Pública. Ya que no puedas llevarlo después a Lepanto para matar turcos, le llevas a un hospital para que mate cristianos; y en fin, con algunos oportunos argumentos acerca de la locura de Don Quijote, tan admirablemente estudiada, que sólo puede ser fruto de la ciencia y de la observación de un médico, ya tienes a Cortezo convertido en autor de la admirable novela, pasmo y asombro del mundo, y le dejamos a Cervantes en paz, que buena falta le hace, después de lo que ha visto y ha oído estos días en Madrid y provincias. No te desanimes, Gedeón, escribe ese interesantísimo folleto y yo te prometo celebrar otra batalla de flores en tu honor. Ahora mismo te voy a tirar las primeras.

—No, no me tires nada, Calínez, hasta que se marche Villaverde. Todas esas flores y otras muchas más hay que facturarlas a París, para que se las tiren las francesas. No puedes figurarte el entusiasmo que produce a orillas del Sena el próximo viaje de D. Raimundo. ¿Has visto las fiestas del Centenario de Cortezo? Pues se quedarán tamañitas con las que van a celebrarse en París en obsequio de D. Raimundo. ¡Con decirte que allí se preparan numerosísimos orfeones de hembras para agasajarle!

—Te digo que me da mucha envidia. ¿No podíamos acompañarle en su expedición a ver si también a nosotros nos tocaban algo los orfeones de señoras y señoritas?

—Precisamente te estaba esperando lleno de impaciencia, cuando viniste en el famoso automóvil eléctrico, para proponerte que nos fuéramos a París con D. Raimundo.

—Aceptado desde luego, Gedeón. No podías haberme propuesto cosa más de mi gusto. Iremos a París con Villaverde de corresponsales de nosotros mismos, y algo nos tocará de lo que allí se haga. Después de todo, ya no nos queda nada que ver en Madrid, finalizados los magníficos y asombrosos festejos que en honor de Cervantes organizó indudablemente Avellaneda; conqué hagamos la maleta, y al tren.

—Hombre, sí, algo nos queda aún: los pitos de San Isidro.

—¡Bah! Gedeón; ¿vamos a París con Villaverde y hablas todavía de pitos? ¡Ta day probeza!



## DON QUIJOTE EN LOS SALONES

DON QUIJOTE. —VAMONOS PRONTO, AMIGO SANCHO, ANTES QUE EL DUEÑO DE LA CASA NOS SUELTE UNA DE SUS POESÍAS.

# LOS SEIS SENTIDOS EN EL CENTENARIO

Aquí está lo más saliente del programa de festejos ofrecido á la memoria del gran Hidalgo manchego. Con la intención saludable y con el plausible objeto de que todos los presentes puedan guardar un recuerdo, Gedeón arregla estas planas con apuntes de Sileno, y suelta un romance fácil para rellenar sus huecos. Y recomienda que todos, nacionales y extranjeros, adinerados y pobres, elevados y pequeños, altos, bajos, gordos, flacos, blancos, rubios y morenos, conserven el numerito con amor y con respeto, y lo claven, adornando la pared de su aposento, como hacen algunos socios con *La Lidia* ó *El Cencerro*.



## PARA LA VISTA, CORTEZO DE GRAN UNIFORME.

cuando en esta Barataría  
le debes nombre y empleo...  
¡Que á falta de un Don Quijote  
tú colmas nuestros deseos!  
Bien sé que no es toda tuya  
la culpa del mal suceso,  
pero á tu cuenta se carga  
porque ha ocurrido en tus tiempos.  
La idea de este homenaje  
salió á luz ha meses luengos,  
y Maura hizo que cumpliera  
dejándonos un Decreto...



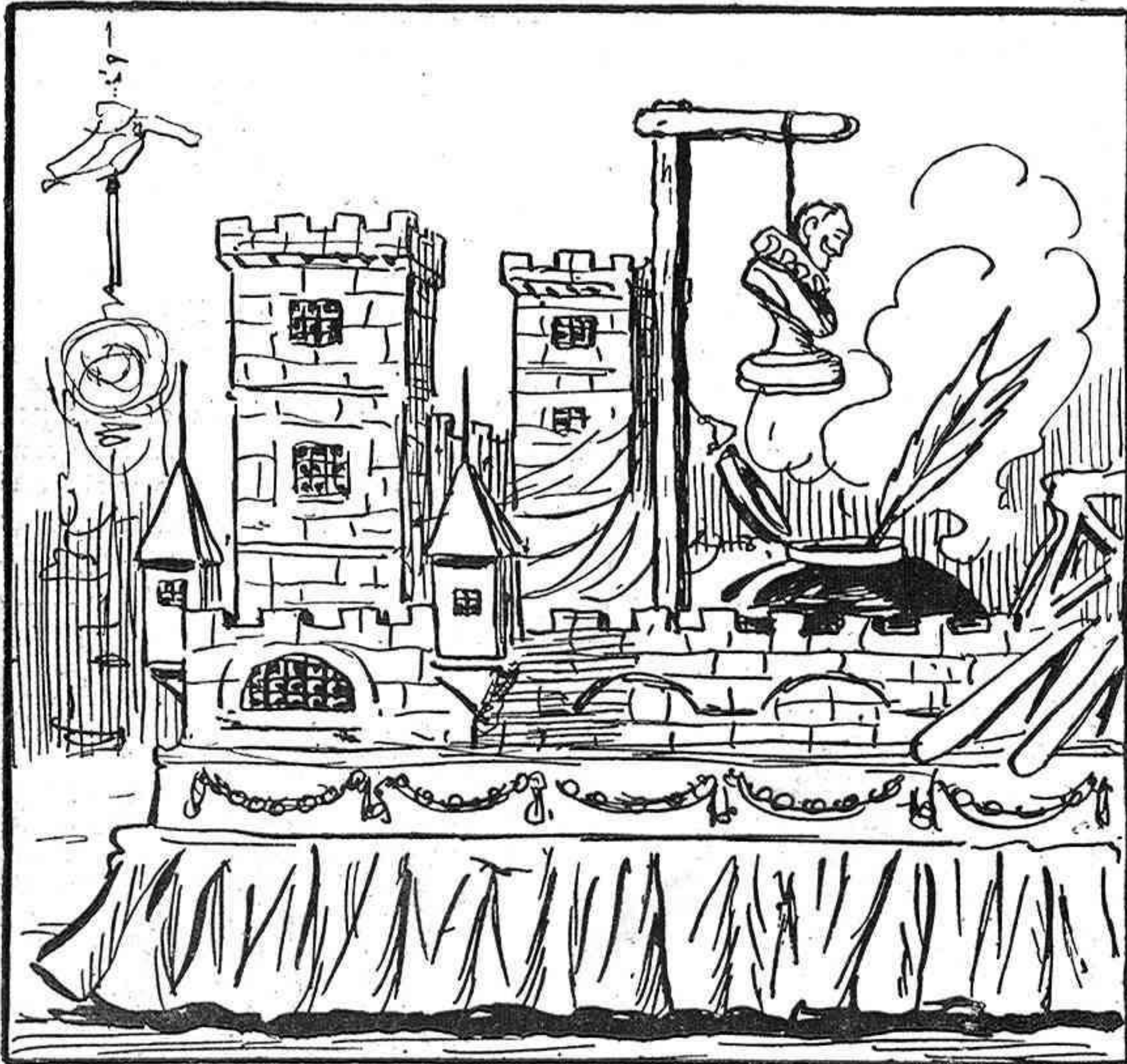
## PARA EL OIDO, LAS SOCIEDADES CORALES CANTANDO CON SU «MIJITA» DE ACENTO

¡Qué programita, señores!  
¡Buenas fiestas, caballeros!  
Propias son para un currinche  
más que para honrar al genio;  
no parecen dedicadas  
al Libro, sino á un folleto.  
¿Dónde están los entusiasmos,  
dónde se hallan los arrestos  
de todas las fuerzas vivas  
que nos molestan por serlo?...  
Prestado á regañadientes,  
fué su concurso paupérrimo;  
bien que aquí fué lo más pobre  
la pobreza del Gobierno.  
¡Desventurado Raimundo,  
dictadorcillo y obeso,  
saliste mal de este trance  
y en mal lugar nos has puesto!  
Y es raro que te olvidaras  
del Inmortal Caballero,  
de sus discretas razones,  
de sus prudentes consejos,



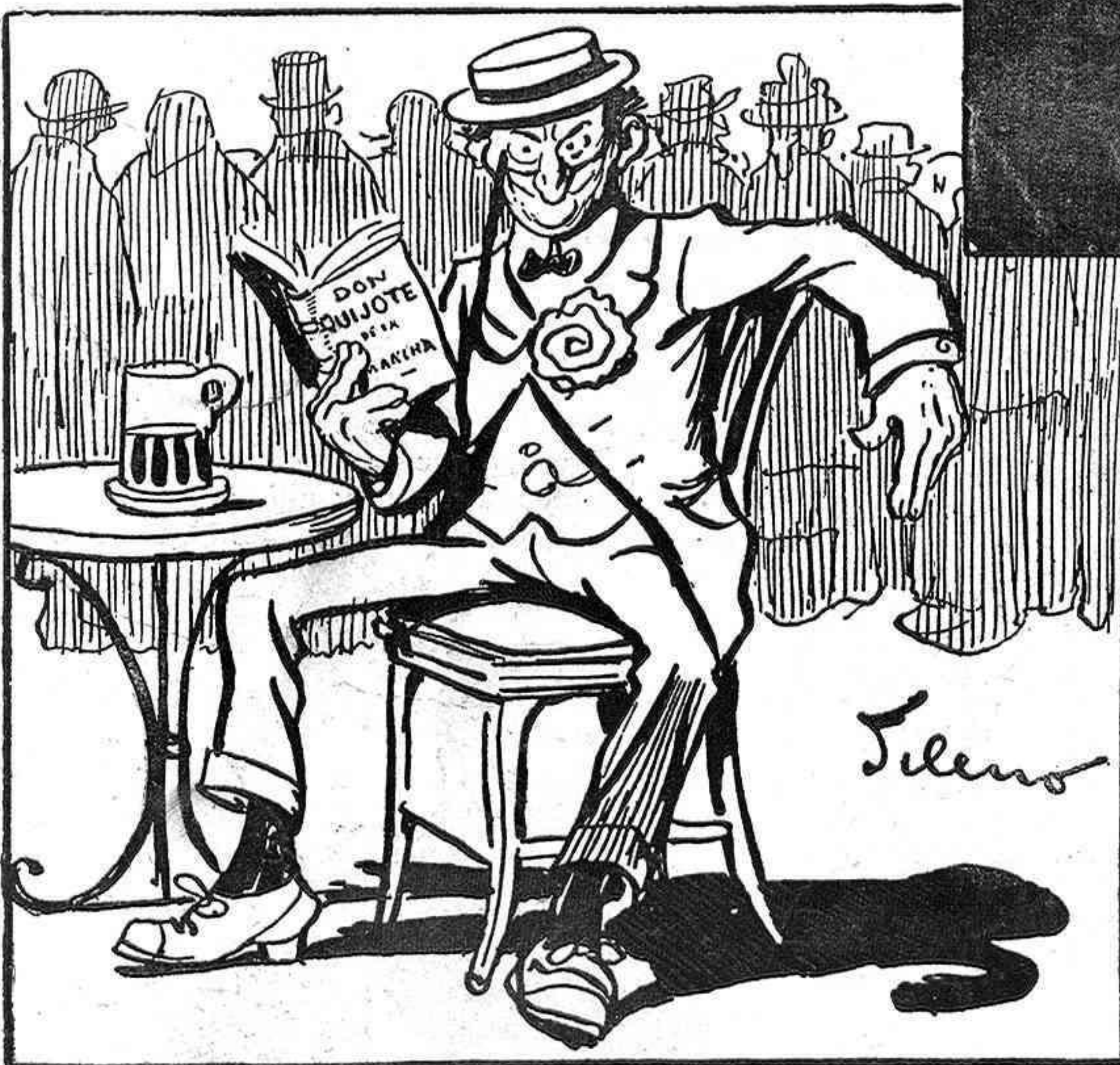
## PARA EL OLFATO, UGARTE SOLTANDO PRESOS.

# LOS SEIS SENTIDOS EN EL CENTENARIO



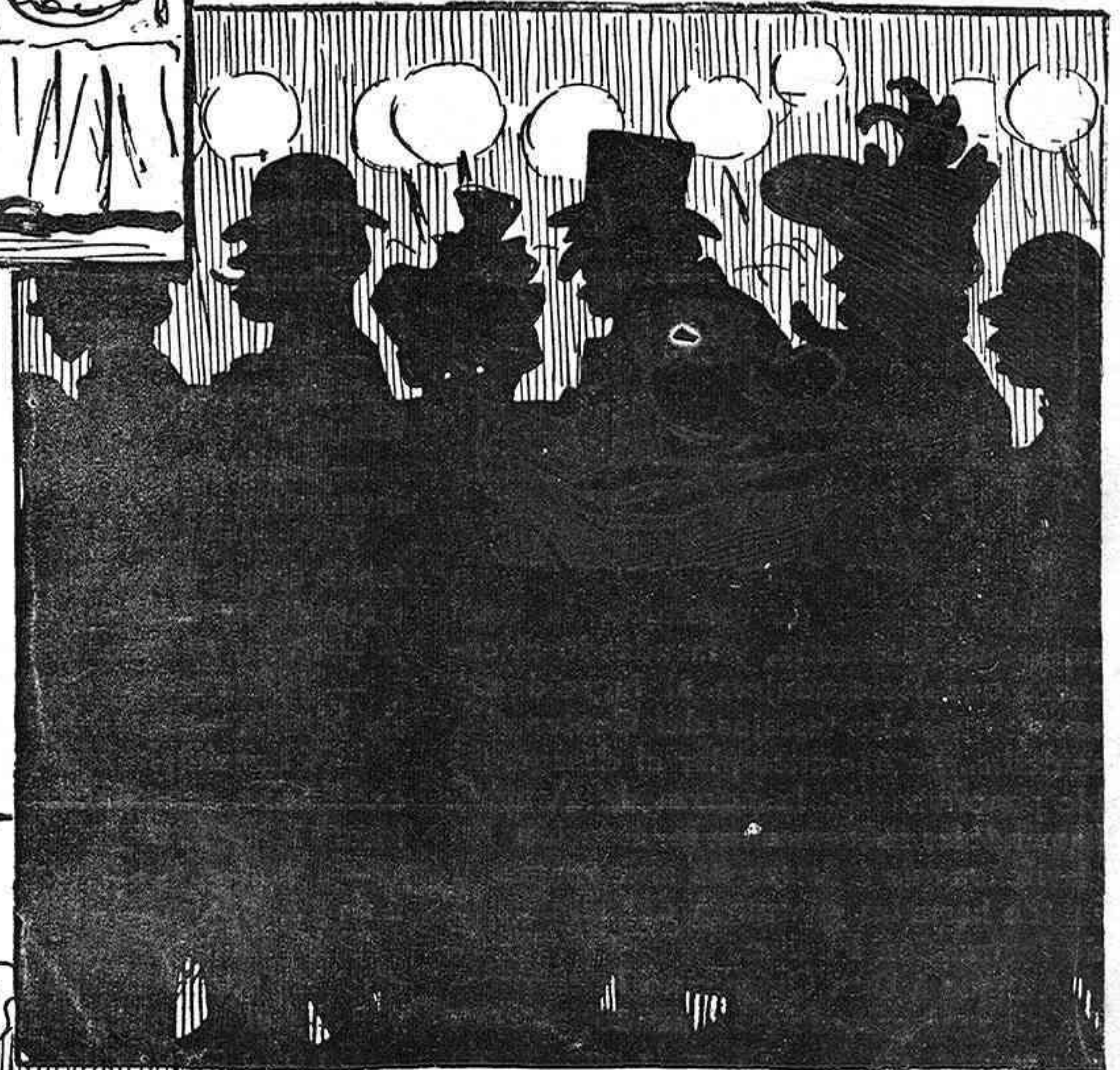
## PARA EL GUSTO, ¡LA CARROZA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO!

Sin duda fué corto el plazo,  
y aún fué más corto el ingenio,  
ya que en la idea hubo cortes  
á falta de las del Reino...  
Lacierva, dándose pisto,  
la trabajó en el misterio,  
mas en el mixto viajaba  
sin saber que hay tren expreso;  
y para colmo de males  
vino á ultimarla Cortezo,  
que siendo un sota-Lacierva



## Y PARA EL SEXTO SENTIDO, Ó SEA EL DE HACERSE CARGO, NO HA HABIDO FESTEJOS.

presume de super-médico...  
¿Nadie sospechó el peligro  
de un ministro tan ameno?  
Tal vez. Pero yo declaro  
que, desde el primer momento,  
tuve la sospecha triste  
de que todo estaba muerto;  
pues si el programa era débil  
y estaba bastante enfermo  
cerraría el ojo en cuanto  
le visitara un galeno.  
Y así, por desgracia, ha sido;  
mis sospechas se cumplieron,  
y el doctor, en este caso,  
fué el perinclito Don Pedro  
Cortezo de Tirteafuera...  
¡Metámóse tirteadentro!...  
¡Formidable Don Quijote,  
espuma, nata y espejo  
de las virtudes más altas  
y de los más raros méritos!  
Tú, que fuiste valeroso



## PARA EL TACTO, LA NOCHE DE LA RETRETA.

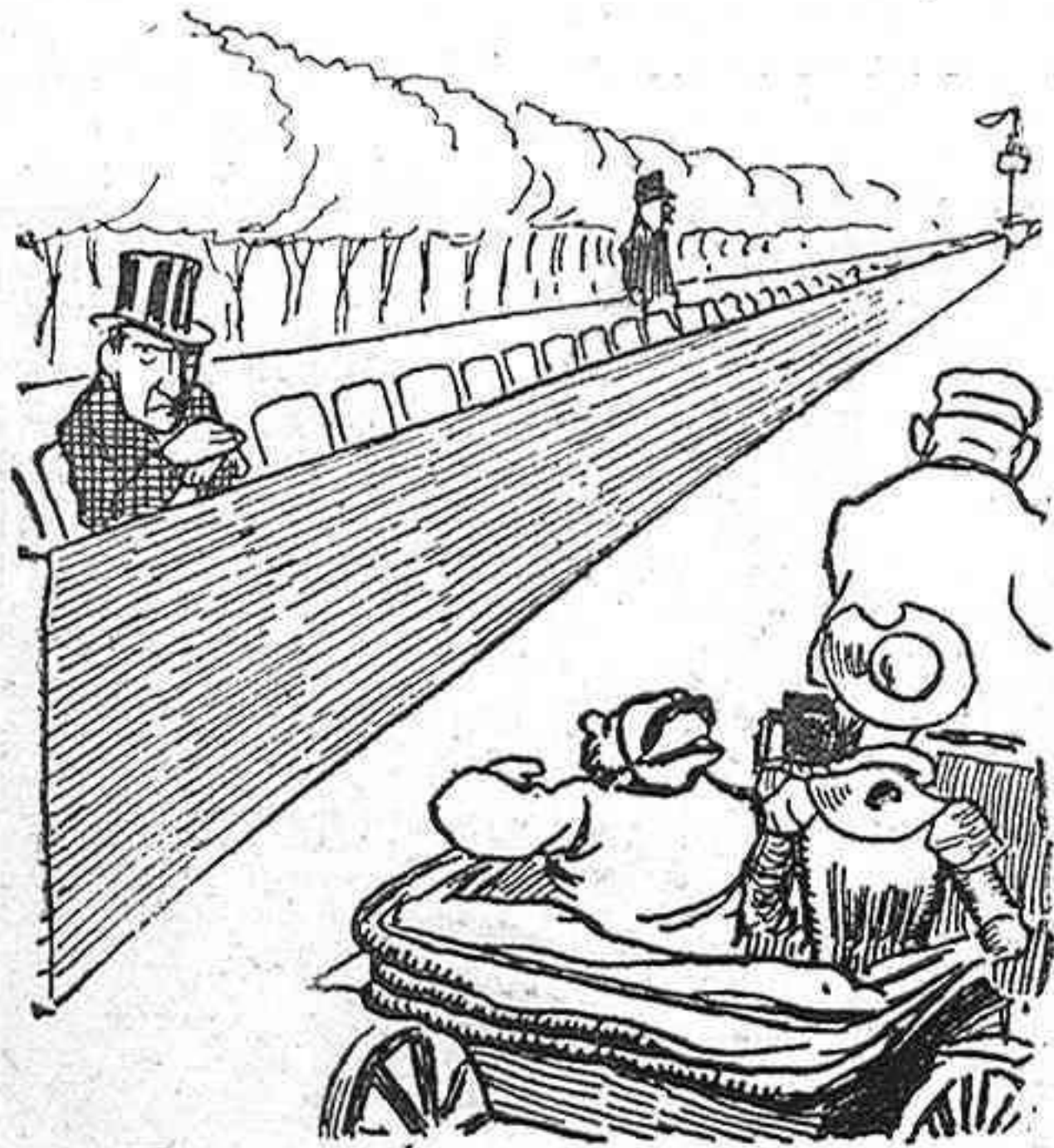
contra enemigos soberbios  
y olvidaste las ofensas  
con que á menudo te hirieron  
los tontos y los ingratos,  
¡perdona este desafuero!  
Mira que no te comprenden  
los dioses del mangoneo,  
y así obscurecen tu nombre,  
que les resulta molesto.  
Mira que en esas cabezas  
vacías de pensamientos,  
si otras bacías relucen,  
ni aun tú crearás que son yelmos;  
mira que estamos poblados  
de Péreces y barberos,  
de Sanchos y de Sansones,  
de Mirandas y Morenos,  
y mira, en fin, si te sirven  
las razones que enumero  
para disculpar la falta  
que contigo cometieron.  
Sírivate, en cambio, de orgullo  
saber que te adora el pueblo;  
que tu despertar aguarda

porque prosigas tus hechos,  
¡pues le chinchán y le aburren  
tantos prudentes y serios!...  
Para el otro Centenario  
tu gloria celebraremos  
con algo que esté á tu altura,  
y ya hay que pensar en ello;  
que en cien añitos de plazo,  
de juntas y cabildos,  
puede que se nos ocurran  
festivales más espléndidos.



## Don Quijote en su Centenario

Dice el cuento ó la historia que así como Don Quijote y Sancho Panza desembarcaron en la estación del Mediodía, subieron á una manuela, en cuyo ca-



ballo no dejaron de reconocer la clara estirpe de Rocinante, y mandando al cochero que les condujera al lugar donde se celebrasen los festejos del Centenario, se dedicaron á contemplar el desagradable panorama de la puerta de Atocha, llamándoles sobremana la atención los clavileños que á fuerza de andamiaje han subido hasta las guardillas del ministerio de Instrucción Pública.

Aunque á Don Quijote no le sorprendía ninguna cosa de este mundo, ni realmente hay en Madrid nada que pueda sorprender á ningún grande hombre, no dejó de fijarse en que apenas se advertía en las calles y plazas de la corte la más leve señal de que tales fiestas y regocijos fueran á verificarse.

El Ingenioso hidalgo y su escudero revolvían los ojos á todas partes con ávida curiosidad, y ¡nada! los preparativos de fiesta no aparecían.

Al contrario, todas las gentes con quienes se tropezaban tenían caras de pocos amigos y de poquísimos dineros. Sancho Panza hizo para sus adentros esta atinada observación, ya por él anotada en su siglo: «Aquí, en España, y particularmente en la corte, las únicas diferencias entre los seres humanos consisten en que á unos se les acaba el humor y el dinero el día 15 de cada mes, á otros el 20 y á otros el 25; pero de aquí sólo pasan el duque de Lerma... ó, como quien dice, hoy, los primeros accionistas del Banco de España.»

La tristeza general que veía pintada en los rostros inundó el ánimo de Don Qui-

jote, y ya comenzaba también á invadir el de su escudero, cuando ambos toparon con una cosa que les hizo prorrumper en larga risa.

Era una especie de carricoche, en el cual iba una especie de busto de gran tamaño, hecho con flores, que trataba de remedar los rasgos fisonómicos de Cervantes.

Lo que aquello parecía en realidad era un caso terrible de viruelas confluentes, ó cosa por el estilo. El carricoche aquél se dirigía á la batalla de flores, y movidos por la curiosidad de ver en qué paraba, le mandaron al cochero que guiase al sitio de la batalla.

No comprendía Don Quijote, á pesar de poseer el más delicado entendimiento que hubo en la Mancha, lo que podría ser una batalla de flores, ni en sus libros de caballerías había leído nada semejante; pero llegado al sitio de la catástrofe, digo, de la batalla, ¡cuál no sería la sorpresa de Don Quijote y de Sancho al seguir viendo una interminable serie de caras lacias, lánguidas y mustias de señores tristísimos y de señoras que parecían haber ido allí en cumplimiento de una lamentable penitencia ó de un deber penoso!

En una tribuna larga, larga, un pobre señor desfallecía de aburrimiento, como si esperase ver pasar la comitiva propia de los duelos, dando la fúnebre cabezada y exclamando ceremoniosamente: «Acompañó á usted en su dolor...»

—Pero la batalla de flores, ¿do está?— insinuó con voz desmayada y lánguida el hidalgo.

—Aquí, esto es,—contestó con aplomo inverosímil el cochero.

Y Don Quijote, que ya estaba meditando á qué sabio encantador echaría la culpa de aquel desaguisado, aún arguyó:

—Pero, ¿y las flores?

—Es una batalla de flores sin flores y sin batalla,—contestó el cochero.

—Y Sancho, hondamente compungido, exclamaba, acordándose de sus días de la ínsula Barataria:

—Paréceme, señor, que hemos llegado á un punto en que todos son Tirteafueras.

Pero Don Quijote no quería persuadirse de que nada de aquello tuviese que ver con él ni con su Centenario.

En esto cayó la noche. Los caballeros tristes, las señoritas resfriadas y las acatarradas dueñas que se habían pasado la tarde tiritando en la llamada batalla, se retiraron. Don Quijote y Sancho, sin apearse de la manuela, fueron conducidos hacia la calle de Alcalá.

La retreta no dejó de gustarles.

—No pensaba yo que hubiese en Ma-

dríd tantos faroles,—dijo el esforzado manchego.

—Hay muchos más de los que usted se figura,—contestó el cochero, volviendo la cabeza.

Terminada la retreta, siguieron amo y mozo su paseo en coche, toda vez que no sabían dónde albergarse ni topaban con casa que venta ó castillo les pareciese. Prado y Recoletos adelante, todo tenía un aspecto frío é inhospitalario. Después de andar mucho, toparon él y Sancho con el pobre Cervantes y su pobrísimo y vergonzoso monumento.

Pobre y todo, al pie de la estatua pasaron la noche, meditando sobre las grandezas y pequeñeces del mundo y sin entrever ó vislumbrar nada que á Centenario oliera, como no fuesen unos palitroques que por allí se alzaban, así como para tender ropa.



A la mañana siguiente, una gran algazara y una multitud, centenares, millares de hombres con barretinas rojas, se les aparecieron Carrera de San Jerónimo arriba.

—Estos—pensó Don Quijote—deben de ser los que vengan á cantar mis alabanzas, pues aparejos de música traen.

Y en efecto, nueva sorpresa aguardaba al caballero cuando vió los estandartes que traían y leyó *Llibertat, Catalunya nova* y otras cosas por el estilo en las letras, y cuando oyó á todos los orfeonistas hablar en un idioma que así se parecía al castellano como Sancho Panza á Palmerín de Inglaterra.

—Pero éstos que no entienden el castellano—reflexionó Don Quijote,—¿cómo vienen á alabarme á mí?

Y creyó que se trataba de otra broma.

Llegó la tarde, y allí, junto á la estatua de Cervantes, vió Don Quijote algo



como una larguísima procesión con estandartes y pendones. Don Quijote se santiguó devotamente, Sancho se hincó de rodillas.

—A la cuenta—pensaron uno y otro, procesión es ésta y no Centenario, ni todas esas baratijas que nos dijeron.

Dicho lo cual y pasada la procesión, ya á Don Quijote comenzó á subirle al rostro la cólera por el engaño sufrido, pues ninguna de aquellas cosas que presenciado había tenían ni tuvieron, en verdad, la conexión ó congruencia más ligera con el propio Don Quijote; y como al declararlo así comenzase á proferir sus acostumbrados gritos, amenazas y juramentos, dos *del orden*, que ya hacía rato venían siguiéndoles la pista, cogieron de sorpresa á Don Quijote y á Sancho Panza y dieron con los protagonistas del Centenario en la *delega* del distrito del Congreso.



### ... y armas al hombro

Estamos todos de acuerdo en que las fiestas del Centenario no han podido ser más modestitas, algo así como un homenaje de tercera clase y como para salir de un compromiso.

Se comprende que el Sr. Echegaray, al oír los aplausos que algunos que presenciaban el paso de la procesión cívica le tributaron, sonriese gozoso.

Lo que diría D. José, mirando de reojo á la estatua de Cervantes:

—¡Allá nos vamos!

Dice un periódico que las señoras que asistieron á la tribuna levantada en la fachada principal del Congreso, tomaron después por asalto todos los despachos de la Cámara.

No las faltó más que penetrar en el salón de sesiones y declararlas abiertas de nuevo.

Y hubieran hecho muy bien, porque después de todo, las tareas legislativas no son otra cosa que una especie de encaje de bolillos.

Y conste que en lo de bolillos no hay la menor alusión á los diputados de la mayoría.

Trabajó por Cervantes don Fernando, y el buen Cortezo le ayudó en su obra con unas pesetillas, *pa en cenando...*  
Traducción del refrán «A Dios rogando...»  
«rinda homenaje al genio... ¡pero cobra!»

Nuestro buen D. Raimundo Villaverde, queriendo dar un mentís á los que le han censurado por su falta de iniciativa en lo que se refiere á la organización oficial del Centenario, tuvo un arranque, ¿y qué hizo el hombre? Pues fué y compró una coronita de laurel, y dirigiéndose á la plaza de las Cortes esperó la llegada de la Familia real. Pero por más señas que hizo á los caballeros para que el coche regio se parase junto al jardín, éstos no le hicieron caso y continuaron su marcha hasta llegar á la tribuna regia.

Entonces D. Raimundo, con su corona debajo del brazo, cruzó la calle, uniéndose á la comitiva y muy contrariado por la plancha.

Y claro, no sabiendo qué hacer con la

coronita, se la colgó al general Linares, que, después de todo, allí era el más necesitado de laureles.

La manifestación organizada en honor de Cervantes no concurrieron oficialmente los Cuerpos Colegisladores ni el Consejo de Estado.

Se comprende.

¡Un hombre que ni siquiera fué director general!

¿Cabe cosa más despreciable?

¡Ah, si Cervantes hubiese sido por lo menos individuo de la Comisión de actas!... ¡Pero mire usted que no escribir más que el *Quijote*!

Pidal, el buen ex carca, que en católico chupa y se divierte, se olvidó en la Academia de su marca y nos dijo «la Parca» por «la Muerte»...

¡Por vida de la Parca!

¡Señor!... ¡Cuántas blasfemias se oyen en Ateneos y Academias!...

El Ayuntamiento, ante la rechifla general, desistió de la carroza que representaba á Cervantes en su prisión de Argamasilla, porque, naturalmente, cualquiera convencia á los concejales de que lo de Argamasilla era una leyenda, y entonces pensaron otra carroza que, como jeroglífico municipal, no tenía más que pedir. Un castillo, gasas, un dosel, un soporte, un busto, un tintero, dos pajes, dos plumas, un galeón, y en él los seis remos que ha metido el Ayuntamiento; la Fama, dos pebeteros y otra porción de cosas.

Sin embargo, firmes en su propósito los municipales de encerrar á Cervantes en la cárcel—era una obsesión por lo visto,—en la parte inferior de la carroza se veían las rejas de un calabozo, adornadas con cadenas y grillos, así como si Cervantes hubiese cometido un triple asesinato. También figuraba en letras de oro la famosa quintilla de Narciso Serra que asegura rotundamente que Cervantes *no cenó cuando concluyó el Quijote*.

¡Una vulgaridad más, qué importaba!

La de la Sociedad de Autores estremeció á Villaverde, y era natural. Representaba *Las cortes de la muerte*, tal y como las describió Cervantes y como las ve en la actualidad D. Raimundo.

En la carroza iban, entre otras personas conocidas, Loreto Prado, Ermete Chicote y Dicenta.

La carroza de la Sociedad de Autores, á pesar de ser de dominio público, cobró derechos dobles, vamos, que fué premiada con mil quinientas pesetas.

Eso se llama no perder ripio.

Por espacio de tres días han circulado por las calles de Madrid las Sociedades catalanas, dando, como dice un cronista, una nota de color con sus barretinas encarnadas, y según los periódicos, van muy agradecidas á las atenciones de nuestro primer alcalde, que entre otras cosas les soltó un discurso, al que puso remate con tres vivas á voces solas: ¡Viva Cataluña! ¡Viva Barcelona! y ¡Viva España!

El que no llevará tan buen recuerdo es el infortunado orfeonista de la Sociedad Euterpe que se cayó del tren ya cerca de Madrid, y al que, según parece, habrá necesidad de amputarle una pierna.

¡Que le hablen al amigo del Manco de Lepanto!

Dirá, y con razón, señalando á su ex pierna: ¡el cojo de Euterpe!

Y en paz.

El ministro de Marina ha aprovechado la ocasión de celebrarse estas ridículas fiestas para hacer un viaje á Canarias.

Pero por lo que hemos leído en los periódicos, todos los elementos se desataron contra Su Excelencia, y la travesía fué tan difícil como la vida del actual Gobierno.

A pesar de que el ministro está hecho á fuertes marejadas, se mareó el hombre.

¡Parece mentira! ¡Un ministro de Marina marearse!

¡Poco que se sonreirían los peces de colores!

Muchos y tristes comentarios se han hecho al ver que la tribuna de la Junta del Centenario apareció desierta el día de la batalla de flores, y la estatua de Cervantes y el jardincillo que la rodea en la más completa obscuridad.

A nosotros no nos extraña, dadas las muy escasas luces de los organizadores oficiales.

Y eso que se trataba de nuestro más esclarecido ingenio, que si no, lo arreglamos con una becerrada y unas quintillitas de Jackson.

Y á otra cosa.

Entre otros elementos expresivos que formaron la triste comitiva, señalamos el Centro de Pasivos, ¡que tomó parte activa!

Gedeón, que ya es rotativo y por lo tanto puede hombrearse con los altos Poderes, da las gracias más expresivas al ministro de Instrucción Pública por las invitaciones que le ha mandado para el próximo Centenario, ya que en el actual las ha debido repartir entre sus correligionarios, no á sus clientes como indica un periódico, pues nos consta que éstos hace tiempo están enterrados.

Y como tenemos la seguridad de que para la venidera conmemoración será ministro todavía el Dr. Cortezo, entre otras razones, porque es el que mejor puede hacer un feo á cuanto se tercie, Gedeón le mandará por su cuenta dos orfeones para que le canten á voces solas, completamente solas, ¡Gloria á Cortezol!

Bueno, no resistimos á la tentación de comunicarles á ustedes que el señor Perona ha contraído matrimonio. Lo han publicado todos los periódicos á tanto la línea y en sendos artículos.

En la boda estuvieron representadas la política, la ciencia, la banca, las artes y la enseñanza, asistiendo además un político influyente de la Mancha y un acreditado notario de esta corte. Pero, ¡oh fatalidad! los novios, que lo tenían todo dispuesto para salir en el expreso para Barcelona y visitar después París y Londres, tuvieron que aplazar su viaje hasta el mes próximo, por impedírsele al señor Perona un asunto urgente.

Pero, hombre, ¿hay algo más urgente que el viaje de novios?

Nada, no podemos estar de acuerdo con el Sr. Perona.



## LA OPINIÓN DEL INTERESADO

El Manco sano á los organizadores de los festejos.—LA VERDAD ES QUE HAN QUEDADO HARTO MAL VUESAS MERCEDES.